

La esposa del barón Roderico de R...sitten había producido desde luego en mí una impresión que no contribuyó poco á que tolerase con paciencia la impertinencia del castellano: Serafina ofrecía un delicioso contraste con sus ancianas parientas, cuya presencia me cansaba ya; su belleza, realzada por todas las seducciones de la juventud, tenía cierto carácter de idealismo sorprendente; parecióme un ángel de luz, más poderoso que todos los exorcismos imaginables para alejar á los malos genios que visitaban el castillo. Cuando aquella adorable mujer me dirigió por primera vez la palabra para preguntarme qué me parecía la triste soledad del castillo de R...sitten, el encanto de su voz y la celestial melancolía de sus ojos me conmovieron profundamente, tanto que sólo pude contestar por monosílabos sin ilación, lo cual me haría parecer sin duda el más tímido ó el más estúpido de los adolescentes. Las viejas tías de la baronesa, juzgándome de muy poca importancia, tuvieron la ocurrencia de recomendarme á las bondades de la joven castellana, con cierto aire benévolo tan lleno de orgullo, que no pude menos de dirigirlas algunos cumplidos muy semejantes á un sarcasmo. Desde aquel momento, al pesar que experimentaba por la inferioridad de mi posición respecto á la baronesa, agregóse una pasión amorosa que me enardecía, y aunque persuadido de la locura de semejante sentimiento, me fué imposible dominarlo. Pronto se convirtió en una especie de violento delirio, y durante mis largos insomnios llamaba á Serafina con desesperación. Cierta noche, mi tío despertó sobresaltado al oír mis extravagantes monólogos, y gritóme desde su cama:

—Primo, primo, ¿has perdido la razón? Enamórate durante el día si te place; pero tiempo hay para todo, y la noche es sólo para dormir...

Yo temí que mi tío hubiera oído el nombre de Se-

rafina, salido de mis labios tantas veces, y que me dirigiera alguna reconvencción; pero su conducta fué reservada y discreta en aquella circunstancia. Al día siguiente, cuando entramos en la sala donde todo el mundo estaba reunido para la audiencia de Justicia, dijo en alta voz:

—¡Quiera Dios que todos obrén aquí prudentemente!

Después, al sentarme yo á la mesa que estaba á su lado, inclinóse hacia mí y añadió:

—Primo, procura escribir sin estremecerte, para que yo pueda leer, sin esforzar mucho la vista, tus fórmulas judiciales.

Á las horas de comer, mi tío se sentaba siempre á la derecha de la bella baronesa, favor que despertaba muchas envidias. Yo me deslizaba tan pronto en un sitio como en otro entre los demás convidados, á menudo oficiales de la guarnición vecina, con los que era preciso alternar. Cierta noche, la casualidad me acercó á Serafina, de la cual siempre solía estar lejos; acababa de ofrecer el brazo á su amiga para pasar al comedor, y al volvernos á fin de saludar, observé, estremeciéndome, que me hallaba junto á la baronesa. Una dulce mirada me invitó á sentarme: mientras duró la cena, en vez de comer, hablé con la amiga de Serafina, y todo cuanto la dije, con las frases más tiernas y delicadas, dirigíase á la baronesa, de la cual no me era posible separar la vista. Terminada la cena, Serafina, haciendo los honores, acercóse á mí, y preguntóme con la mayor gracia, como la primera vez, si me divertía en el castillo, á lo cual contesté diciendo que en un principio aquella soledad me parecía bastante penosa, pero que desde la llegada del señor barón todo había cambiado para mí de aspecto, hasta el punto de que, si alguna cosa deseaba, era que se me dispensase de asistir á las cacerías.

—Me parece haber oído decir—replicó la baronesa— que erais músico y poeta; yo soy apasionada por las artes y toco regularmente el arpa, recreo de que es forzoso privarme aquí porque mi esposo aborrece la música.

Yo me apresuré á contestar que la señora baronesa podría muy bien entregarse á su recreo favorito durante las largas cacerías de su esposo, pues no sería imposible encontrar algún clavicordio en el castillo. La amiga de Serafina, es decir, la señorita Adelaida, observó que nadie recordaba haber oído nunca en R...sit-ten más que los sonidos de los cuernos de caza y los ladridos de las jaurías; pero yo insistí en que no sería imposible encontrar algún instrumento; y como en aquel instante pasara Franz, la señorita Adelaida exclamó al verle:

—He ahí el único hombre capaz de darnos un consejo en casos apurados: nadie le hará pronunciar la palabra *imposible*.

Se llamó á Franz para consultarle: el buen hombre después de dar mil vueltas á su gorra entre las manos, acabó por recordar que la esposa del señor intendente, que habitaba en el pueblo inmediato, tenía un clavicordio, con el cual se acompañaba en otro tiempo para cantar de una manera tan sentimental, que al oírla todos lloraban como si se hubiesen frotado los ojos con una cebolla.

—¡Un clavicordio! tendremos un clavicordio!—exclamó la señorita Adelaida.

—Sí—dijo Franz—pero ha ocurrido un contratiempo: el organista del pueblo quiso ensayar en el clavicordio una composición suya, y cuando estaba tocando descompuso la máquina.

—¡Dios mío!—exclamaron á la vez la baronesa y la señorita Adelaida.

—De modo que—prosiguió Franz—ha sido necesari-

rio llevar el clavicordio á la ciudad más próxima para componerlo.

—Pero ¿lo han devuelto ya?—interrumpió vivamente Adelaida.

—No lo dudo, señorita—contestó Franz—y cierto estoy de que la esposa del intendente se honrará mucho...

En aquel momento se presentó el barón, detúvose ante nosotros, y pasó de largo después, diciendo á su esposa: «¿Sigues siendo Franz, amiga mía, hombre de buenos consejos?» La baronesa quedó cortada, y Franz inmóvil, con los brazos pendientes; mas en el mismo instante llegaron las ancianas tías, lleváronse á Serafina, y la señorita Adelaida las siguió. Yo permanecí largo tiempo en el mismo sitio, pensando en la feliz casualidad que me había deparado tan dulce conversación, no sin renegar del barón Roderico, que sólo me parecía un tirano brutal, indigno de poseer tan bella esposa. Creo que hubiera estado allí largo rato si mi tío, que me buscaba, no me hubiese dado un golpecito en el hombro, diciéndome con su voz amistosa: «Primo, no te muestres así tan solícito con la baronesa; deja ese peligroso oficio de trovador para los locos y enamorados que no saben en qué pasar el tiempo.» Yo contesté con un largo discurso para demostrar á mi tío que no había hecho nada inconveniente; pero el anciano se encogió de hombros, invitóme á seguirle á su cuarto, se puso la bata, cargó su pipa y entabló la conversación sobre la cacería del día anterior.

Aquella noche se daba un baile en el castillo: la señorita Adelaida había imaginado contratar á toda una orquesta de artistas ambulantes; pero mi tío, muy amante de su reposo, se acostó á la hora de costumbre. Con mi juventud y mi amor, no podía menos de seducirme aquel baile improvisado, y ya acababa de

vestirme, cuando Franz llamó á la puerta para anunciar que el clavicordio de la señora del intendente acababa de llegar en un trineo, y que la baronesa había mandado colocarle en su habitación, donde me esperaba en aquel momento con Adelaida. Júzguese de la emoción de placer que me estremeció al oír aquellas palabras: loco de amor y de deseos, corrí al salón de Serafina. Adelaida no cabía en sí de gozo; pero la baronesa, vestida ya para el baile, estaba en pie y silenciosa, en melancólica actitud, cerca de la caja que encerraba los dulces acordes que en mi calidad de músico y poeta debía producir.

—Teodoro— me dijo, llamándome por mi nombre según la costumbre del Norte—Teodoro, he aquí el instrumento que esperábamos; cumplid vuestra promesa.

Acerquéme al punto, mas apenas hube levantado la tapa del clavicordio, rompiéronse varias cuerdas con estrépito, y las que aún quedaban, hallábanse en tan mal estado, que produjeron los sonidos más estridentes y desagradables.

—Sin duda el organista ha querido hacer otro ensayo— exclamó la señorita Adelaida, prorrumpiendo en una alegre carcajada.

Pero Serafina no parecía dispuesta á reirse, y murmuró con sentido acento:

—¡Fatalidad! jamás puedo conseguir aquí un solo placer.

Al examinar la caja del instrumento, hallé por fortuna otro juego de cuerdas.

—Nos hemos salvado—exclamé:—paciencia y valor; ayudadme un poco, y pronto quedará remediado el desperfecto.

La baronesa me auxilia al punto con sus bonitos dedos; Adelaida desarrolla las cuerdas, que yo voy pidiendo por números: después de veinte ensayos in-



LA PUERTA TAPIADA

fructuosos, nuestra perseverancia queda coronada por el éxito más feliz, y la armonía se restablece como por encanto. Aquel celo y amor al arte que los tres habíamos manifestado, hizo desaparecer entre nosotros las distancias, y la hermosa baronesa compartía ingenuamente conmigo los honores del triunfo que le prometía dulces distracciones. El clavicordio era ya entre nosotros una especie de lazo eléctrico; mi timidez y torpeza desaparecieron, y sólo quedó el amor, el amor que abrasaba todo mi sér. Preludí en el instrumento esas tiernas melodías que tan poéticamente pintan las pasiones de los países meridionales, mientras que Serafina, en pie delante de mí, escuchábame con toda su alma: veía sus ojos brillar; aspiraba los estremecimientos que agitaban su seno; sentía su hálito flotar en torno mío como el beso de un ángel, y mi alma se elevaba á los cielos. De repente, su rostro pareció iluminarse; sus labios murmuraron sonidos cadenciosos, largo tiempo ausentes de su memoria; algunas notas escapadas de su garganta recordáronme una melodía conocida, y la voz de la baronesa resonó como un himno celestial.

Era un lujo de divina poesía, un océano de notas armónicas, en el cual mi corazón se abismaba, pidiendo á Dios que nos llamase á sí. «¡Gracias, me dijo Serafina cuando hubo terminado aquel éxtasis, gracias por esta hora que os debo, y que jamás olvidaré!» Al pronunciar estas palabras ofrecíome su mano, y yo me arrodillé para besarla... Entonces parecióme que bajo mis labios se había estremecido todo su sér... Pero el baile nos llamaba; la baronesa había desaparecido, y no sé cómo me hallé por la noche en nuestro cuarto. Apenas me vió mi tío, díjome con aire severo que no ignoraba mi entrevista con la baronesa, y añadió gravemente:

—Ten mucho cuidado, primo, porque te deslizas

sobre un hielo frágil que oculta un abismo sin fondo. Mal haya la música si sólo ha de servir para inducirte á cometer necedades, introduciendo la perturbación en la existencia de una mujer romántica. ¡ Mucho cuidado, porque nadie está tan próximo á la muerte como el enfermo que cree estar ya bueno!

—Pero, tío—dije yo para justificarme—¿ me creeréis capaz de tratar de sorprender el corazón de la baronesa?

—¡ Tonto—replicó el anciano, golpeando el suelo con el pie—si lo creyese un instante, te arrojaría por la ventana!

La llegada del barón puso término á este diálogo; y durante largo tiempo el trabajo no me permitió visitar á Serafina; pero nuestras relaciones se reanudaron poco á poco. La señorita Adelaida era la encargada de traerme á veces algún mensaje secreto de Serafina, y aprovechábamos las frecuentes ausencias del barón; pero hallándose siempre con nosotros Adelaida, éranos imposible manifestarnos nuestros sentimientos. Sin embargo, por ciertos indicios reconocí que Serafina tenía en el corazón un fondo de tristeza que minaba lentamente su sér.

Cierto día no se presentó á la hora de comer; y los convidados se apresuraron á preguntar al barón si le inspiraba alguna inquietud la dolencia de su esposa.

—¡ Oh! de ningún modo—contestó el noble;—sin duda el aire penetrante de este país, unido á la ronquera que puede producir el abuso en el canto, es lo único que ha ocasionado esa indisposición pasajera.

Al decir eso, el barón me dirigió una mirada oblicua que significaba muchas cosas; y la señorita Adelaida comprendió lo suficiente para que un vivo carmín tiñera sus mejillas; no levantó la vista, pero su actitud parecía decir que en lo futuro sería preciso adoptar muchas precauciones para evitar los celos del barón,

del cual se podía temer alguna mala pasada. En cuanto á mí, experimenté la mayor inquietud; no sabía qué partido tomar, y el aire amenazador é irónico del barón me irritaba tanto más, cuanto que nada remordía mi conciencia; pero temía exponer á Serafina á los arrebatos de su esposo. ¿ Sería forzoso abandonar el castillo? Renunciar á ver á la hermosa castellana parecía un sacrificio superior á mis fuerzas. Habiéndose dicho que todos los convidados iban á una cacería después de comer, manifesté á mi tío que yo iría también.

—Perfectamente—contestó el anciano;—es un ejercicio propio de tu edad, y desde luego te cederé mi carabina y mi cuchillo de caza.

Poco después dábase la señal de la partida, y se tomaron posiciones en el bosque vecino para cercar á los lobos. La nieve caía en abundancia, y cuando el día comenzó á declinar, prodújose una niebla que impedía ver los objetos á seis pasos. El frío se apoderaba de mí; busqué un abrigo en la espesura, y después de apoyar mi carabina contra la rama de un pino, entreguéme á mis reflexiones amorosas. Al breve rato sucediéronse varias detonaciones de distancia en distancia; y á diez pasos del sitio donde me hallaba veo aparecer un lobo enorme; le apunto y hago fuego, mas no le toco, y el animal enfurecido se precipita contra mí. No por eso pierdo la presencia de espíritu; recibo á la fiera con la punta de mi cuchillo de caza, y el lobo se clava la hoja hasta la empuñadura; un guarda-bosque acude presuroso al oír los aullidos; los cazadores llegan un momento después, y el barón corre hacia mí preguntándome si estoy herido.

—No, caballero—le contesto;—mi mano ha sido más segura que mi golpe de vista.

Esta hazaña me valió entusiastas elogios; el barón exigió que me apoyase en su brazo para volver al cas-

tillo, y un guarda-bosque se encargó de llevar mi carabina. Estas atenciones del señor de R.... sienten me conmovieron mucho, y desde entonces le juzgué de otro modo, pues parecióme un hombre de corazón y de energía; pero al mismo tiempo pensaba en la castellana; y comprendiendo que me acercaría á ella otra vez, concebí las más atrevidas esperanzas. Sin embargo, llegada la noche, y cuando henchido de orgullo referí la aventura á mi tío, se rió en mis barbas, diciéndome:

—Dios muestra su poder por la mano de los débiles.

Hacia ya mucho tiempo que había pasado la hora de comer, cuando al penetrar en la galería para ir á buscar el reposo á mi cuarto, me encontré una figura blanca que llevaba una luz: era Adelaida.

—Buenas noches—me dijo sonriendo;—sois un buen cazador de lobos; pero ¿por qué vais así solo y á oscuras, como un verdadero fantasma?

Al oír esta última palabra estremecíme de pies á cabeza, recordando las dos primeras noches de mi estancia en el castillo, y Adelaida echó de ver al punto mi súbita emoción.

—¿Qué tenéis?—me preguntó, cogiéndome la mano—venid conmigo y os hare recobrar la vida y la salud; la baronesa os espera impaciente.

Me dejé conducir sin resistencia, pero sin alegría, pues dominábame una fatal preocupación. La baronesa se adelantó hacia mi al vernos entrar, profiriendo una exclamación que no terminó, pues detúvose de pronto como si evocara un triste recuerdo; cogí su mano para besarla, y sin retirarla me dijo:

—¿Por qué habéis ido á la cacería, Teodoro? La mano que sabe producir tan dulces acordes no debe manejar armas ni matar...

El sonido de aquella voz adorada penetró hasta mi corazón; una nube pasó por mis ojos, y en vez de ir á

sentarme delante del clavicordio, halléme sin saber cómo en el sofá, conversando con Serafina sobre mi aventura. Cuando le hablé de la conducta de su esposo, que tan singularmente contrastaba con su acostumbrada sequedad, interrumpióme diciendo:

—Eso os demostrará, Teodoro, que aún no conocéis al barón; sólo aquí tiene ese carácter tan adusto; cuando viene, siempre parece perseguirle una idea fija; y sin duda este castillo llegará á ser teatro de una catástrofe para nuestra familia y para su reposo. Está convencido de que un enemigo invisible ejerce en este dominio una influencia que más pronto ó más tarde ocasionará una desgracia; refiérense cosas extraordinarias del fundador de esta mansión, y yo sé que aquí se encierra un secreto de familia; también se asegura que á menudo viene un fantasma á perturbar al propietario, no permitiéndole permanecer aquí más que un corto tiempo. Cada vez que vengo con mi esposo, siéntome poseída de terror continuamente, y sólo á vuestro arte, querido Teodoro, debo un poco de alivio; de modo que no sé cómo manifestaros mi agradecimiento.

Impulsado por esta confianza, hablé á Serafina de mis propios temores, aunque ocultando todo cuanto los detalles podían tener de pavoroso; mas al ver que palidecía intensamente, comprendí que sería mejor revelárselo todo, á fin de que su imaginación no se exaltase demasiado.

—¡Sí, sí—exclamó Serafina—en esa pared debe estar encerrado el fatal misterio!

Y ocultando su bello rostro entre las manos, entregóse á una profunda meditación. Sólo entonces eché de ver que Adelaida nos había dejado solos; no hablé más, y como Serafina guardaba silencio, esforcíme para levantarme é ir á tocar el clavicordio. Los primeros sonidos hicieron volver á la baronesa en sí; escu-